

LA POESÍA DE CAMPOS REINA

Manuel Gahete Jurado

Académico Numerario

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Poesía.
Belleza.
Amor.
Muerte.

Juan Campos Reina dejó de habitar entre nosotros, pero su memoria persiste en su obra como una luminaria, dejando la estela de su palabra límpida, sazónada de ironía y ternura, de humanidad y fuego, de amor y de muerte. Ecléctico en sus tradiciones, Campos Reina aspira a construir un universo privativo, solidificado sobre la difícil relación entre pensamiento y realidad, lo que somos y lo que deseamos, el no ser frente al tiempo. Campos Reina, desde su intimidad dolorida, nos transmite la visión gozosa del mundo. Su capacidad expresiva, ponderada en la obra narrativa, halla cauce libre en el texto poético, donde nuestro autor acrisola la belleza, incluso cuando anhela, como pretendía Baudelaire, extraerla de la oscuridad donde no existe.

ABSTRACT

KEYWORDS

Poetry.
Beauty.
Amor.
Muerte.

Juan Campos Reina stopped living among us, but his memory persists in his work like a luminary, leaving the trail of his limpid word, seasoned with irony and tenderness, with humanity and fire, with love and death. Eclectic in its traditions, Campos Reina aspires to build a private universe, solidified on the difficult relationship between thought and reality, what we are and what we want, not being in the face of time. Campos Reina, from his painful intimacy, transmits to us the joyful vision of the world. His expressive capacity, weighted in the narrative work, finds a free channel in the poetic text, where our author clarifies beauty, even when he yearns, as Baudelaire intended, to extract it from the darkness where it does not exist.

En la Real Academia de Córdoba recordamos que, en 2009, Juan Campos Reina dejó de habitar entre nosotros, pero su memoria persiste en su obra como una luminaria, dejando la estela de su palabra límpida, sazónada de ironía y ternura, de humanidad y fuego, de amor y de muerte. Ecléctico en sus tradiciones, Campos Reina aspira a construir un universo privativo, soli-

dificado sobre la difícil relación entre pensamiento y realidad, lo que somos y lo que deseamos, el no ser frente al tiempo. Campos Reina, desde su intimidad dolorida, nos transmite la visión gozosa del mundo. Su capacidad expresiva, ponderada en la obra narrativa, halla cauce libre en el texto poético, donde nuestro autor acrisola la belleza, incluso cuando anhela, como pretendía Baudelaire, extraerla de la oscuridad donde no existe.

Castaños de Cernuda
 brotaban en mi mente. Y tú
amor, ya queda poco,
casi nada, un paseo,
 empujabas mi espalda.
 Mientras yo perseguía los castaños,
 mi sombra demorada /en el cristal azul
 tu aliento recibía.

A su mujer, Fernanda, dedica Campos Reina el poema «Ventanas interiores» cuando advertía próxima la hora de su muerte. La muerte, como el amor, está en el corazón de la poesía; y ambas propuestas significan el patente estremecimiento de hasta dónde alcanza la sensibilidad humana, la potencialidad que nos une en la desesperación y la resignación valerosa ante lo irremediable.

Si el *tempus fugit* es un paradigma básico del poeta enfrentado al drama de la existencia, cuanto más no habría de serlo si se conocen los límites concretos que nos separan de la extinción física, de la sangre ardiente a la fría ceniza.

Nunca he dudado de la vida como motor crucial de la poesía. Poesía y vida son ejes cardinales de una misma realidad o sueño, pero la muerte está hasta tal punto en el corazón de la vida que no hay quien dude que está igualmente en el corazón mismo de la poesía.

Me adentro en la poesía de Campos Reina que la editorial Random House ha publicado como corpus integral conmemorando el décimo aniversario de la muerte del autor de Puente Genil. Campos Reina observa el mundo con una visión cerrada que pretende ser calidoscópica. Pero no es fácil enajenarse de la realidad. A fin de cuentas «el tiempo es un candil / de llama temblorosa».

La obra de un autor no ha de ser necesariamente extensa para ser valorada. Mientras algunos dedican toda su vida a la literatura, otros demuestran con su creación sucinta la realidad que enunciamos. Así Gutierre de Cetina ha pasado a la historia por un solo poema. Y no son menos elocuentes los ejemplos de Jorge Manrique, Juan de la Cruz, Teresa de Jesús,

Gustavo Adolfo Bécquer, Pedro Salinas, Claudio Rodríguez o Pablo García Baena, creadores de una obra sumaria de intensa repercusión.

Aunque será en la narrativa donde Juan Campos Reina destacará con fulgor propio, esta realidad no menoscaba la pasión poética que comenzó a cultivar cuando apenas le quedaban algunos años de vida. Moreno Ayora, comentarista cualificado de la obra del escritor, afirma que «este confesado lirismo podíamos rastrearlo por las páginas de su prosa, de manera particular en determinados pasajes de su *Trilogía del Renacimiento*». De hecho, las dos características fundamentales que, según la crítica especializada, identifican la obra del cordobés —riqueza léxica y cuidado del lenguaje— lo serán también, con sublimado acento, en su producción poética.

En Campos Reina destaca la primordial relevancia que adquiere el tema amoroso donde «la figura femenina viene a ser una obsesionante presencia que justifica» las tensiones no privadas de turbador sensualismo, tachonado de ausencias, exotismo y misterio. Pero no es el único asunto que trasparece. Campos Reina nos ilumina con todo un crisol de propuestas devenidas de la tradición barroca, el paisaje romántico recreado y el imaginario suntuoso de los poetas de *Cántico*. Poemas y paisajes se desgranán como esferas luminosas que desvisten al creador de lo inmanente para devenir en etéreo, en cristal transparente que va difuminándose.

Aunque la presencia de tantas imágenes (la tradición, los viajes, la reflexión, la memoria) se aviva en su mirada con el fulgor de lo que queda tras la ausencia, es cierto que no sirve para acallar el quejido hondo de la quevedesca ceniza enamorada que parece seguir ecualizándose: «qué muerte renovada en el amor», proclama cuando evoca «la vuelta al universo de tus labios» en el poema «Sidoníe». Y asimismo se forjan como vectores iridiscentes, en la contemplación de New York, los poemas caligramáticos al modo de Apollinaire o los de Juan Ramón en su abigarrado y colector *Diario de un poeta recién casado*.

Para el romántico la vida no es un bien, sino un mal. Su alma atormentada busca el ideal inalcanzable de un sueño que no se ha de realizar. La vida lo destruye todo: la juventud, el amor, la riqueza, la fama, la sociedad, el más allá. Una incontrolable desesperación se sitúa en el corazón. Si la vida es un mal, la muerte, en consecuencia, es la gran amiga de los románticos. Es la libertadora, la que trae la paz al alma atormentada. Tal es así que algunas veces se busca deliberadamente. Russell Sebold afirma que «lo más romántico no es el mismo acto de privarse del aliento, sino imaginarse la propia muerte como respuesta irrefutable del mal» de vivir.

Frente al trágico fin que aún a naturaleza y hombre, el paisaje de Campos Reina, cabalmente incardinado en la consciencia, supera la derrotista aspiración de los románticos para convertirse en dimensión catártica, «donde la realidad (...) queda (...) embellecida y cargada de emocionado lirismo»; asumiendo ese escenario idílico que algunos de los componentes de *Cántico* proyectarán en sus poemas de acendrada sensualidad y espiritualidad pagana. En fondo y forma, algunos de los poemas de Campos Reina imitan la manierista belleza que aroma *Fieles guirnaldas fugitivas* de Pablo García Baena y alcanzan, quizás sin pretenderlo, el clamor álgido de Vicente Núñez, decadente y lúcido.

A los temas capitales de amor y muerte se suman fórmulas proclives a la nueva sentimentalidad con su ideal rutinario de interrogantes y experiencias; claves que nos hablan de su amor por los libros y asienta en la mente ilusorias imágenes. Sin asordar los ecos más sonoros de la actualidad poética, Campos Reina se mantiene fiel al canon conocido. Con acertado buril alea y modela odres viejos y nuevos, estableciendo una crisis perfecta entre lo aprehendido y lo heredado. Los enseres cotidianos (zapatos, persiana, cama de hotel, maleta, silla, flexo) se invisten de un halo hiperreal, iniciático, donde resuenan los ecos más feraces: el «mientras escucho los pájaros» de García Baena, el «cuyo nombre no alcanzo a recordar» de Cervantes; o la «corona de espinas» que nos remite al signo martirial de la férrea ecfrosis bíblica.

Las injerencias adiadadas del existir no mitigan la incandescencia de la realidad. Advenido al «centro mismo de las cosas, / penetrado de luz, desarraigado / en el magma de la vida», el tiempo flota sobre las aguas, aunque ni el mar puede apagar la sed del alma que solo espera reencontrarse con la amada, tras la ausencia, en el envés de los espejos. En el naufragio de la existencia persiste claro el sentimiento del amor, empañado, como no podía ser de otra manera, por el aciago destino.

Son cuatro las fuerzas que agujonean el universo poético del cordobés: la elegía del ayer perdido, la soledad del viaje sin retorno, el poder del amor sobre la muerte y la salvífica luz que nos mantiene vivos en el recuerdo de quienes nos aman. El lenguaje y la sintaxis colaboran igualmente en este anhelo innato de transcribir lo fugitivo, lo efímero, lo precario, el *fugit irreparabile tempus* que graba el ADN de cada uno de los nacidos.

Es adivinable el deseo de Campos Reina por emular el solemne discurso barroco, claveteado de hipérbatos, metáforas y contrastes. Por más que Campos Reina, lúcido y firme, aspire a la serenidad, la realidad no merma un ápice el peso de la certidumbre: «Tus pechos he cortado y los devoro / con el marfil de la ternura».

Pero, sabedor de la cercanía de la muerte, Campos Reina nos remite a la esperanza de la resurrección: «He resucitado hoy en esta primavera / así como los pámpanos estallan en las vides». Campos Reina se debate entre la claridad y la negrura, el sufrimiento y la resignación, la vida y la muerte: «Vuelvo del otro lado del dolor / a un tibio y gris estar desencantado / donde la vida fluye». Y finalmente opta por la integridad frente al individualismo, por la naturaleza frente a la torva civilización: «El racimo / no conoce la angustia de la obra acabada. / Se resume en su ser». Una sabia elección que certifica la dimensión humana del poeta.

Nunca se decidió a publicar un libro de poesía, quizás porque no tuvo el tiempo suficiente para reunir el material que requiere un corpus unitario; pero, dada la calidad de sus textos, la profundidad de sus reflexiones y el labrado estilo de su lírica, es seguro que hubiera ocupado un lugar preeminente en la poesía andaluza.

También en otros géneros —ensayo, teatro, artículo periodístico— su voz recobrada, viva, ética, elegante y fértil sigue recordándonos que, desde hace ya once años, nos falta uno de nuestros más grandes escritores.